



La voz del año

Camilo Marks

Che justo raíz, Ignacio Valente se ha quejado porque las ediciones nacionales o con sucesos en nuestro país tienen el pésimo hábito de lanzar todos los títulos nuevos de autores chilenos a fin de año. Parece que quienes conciben la Feria del Libro, la Navidad y el Año Nuevo o las vacaciones de verano, como si fueran las fechas más significativas en lo que a lectura se refiere. Y habiéndolo probado internamente lo contrario —la gente que más lee, no lo hace precisamente en estas ocasiones— esta práctica continúa en perjuicio de lectores, críticos, estudiantes y otras personas.

A fines de 1992, no menos de 20 títulos nuevos han aparecido para contribuir, decirlo y demostrarlo, principalmente de los lectores, pero también de los críticos, quienes no pueden abordar con seriedad el análisis de libros que deben ser comentados.

Afortunadamente, *Oír su voz* de Arturo Fontaine, fue publicada a mediados de año y el "sostenido éxito" que ha tenido en las preferencias del público lector es un triunfo por demás dulce para la literatura.

En primer lugar, lo es porque demuestra que, después de todos los chilenos cuyos nombres de lo que parecemos y sabemos celebrar, como se merece, a una gran novela escrita por un chileno. El único modo con el que se puede celebrar una obra literaria es leyendo y, si *Oír su voz* ha sido tan leído, tan comentado y tan recomendado de boca en boca, es que quien dice que es un libro que se sostiene ampliamente en sí mismo.

En segundo lugar, el libro más trascendente de esta obra se expresa en aspectos que son exclusivamente literarios y que pueden proyectarse a la actividad narrativa chilena a un nivel internacional. Insistimos en ello más adelante.

La voz de la metrópolis

Hemos escrito en otra parte que *Oír su voz* es casi una gran novela. Releyéndola, se confirman algunas impresiones iniciales. Por primera vez en este siglo, las voces de la metrópolis santiaguina encuentran su manifestación en una prosa equivalente a la que Vargas Llosa dio a Lima en *Conversación en la Catedral*. Fontaine a México en *La región más transparente* y Cortázar a Buenos Aires en *Las premisas*. Por primera vez, nuestra insignificante, querida, odiada, despreciada, aludida y nunca bien ponderada Santiago adquiere habla propia en una novela que ha sido escrita

aquí. Eso hay que agradecerlo sin ningún tipo de reservas. Es no quien dice que *Oír su voz* no tenga defectos. Como es su caso es, probablemente, la novela más ambiciosa que se ha escrito en décadas —hay que remitirse a *Casa grande de Ortega Laco*, para buscar un paralelo nacional— Fontaine habría tenido que hacer milagros para producir una obra perfecta.

La prosa de este escritor es maestra, avasalladora, fluyente y exagerada, pero también delicada en la observación minuciosa, a veces en sus rebosadas que linda con lo absurdo: "el fuerte serpiente del acortado de la conciencia" es un ejemplo, entre muchos otros, de excoenos estilísticos. La elección misma de los nombres de varios personajes —Pelayo, Mempo, Raúl Contreras—, por decir lo menos, problemática. Y he aquí que, en medio de todas estas limitaciones, es donde encontramos uno de los hallazgos de *Oír su voz*, el lector poco crítico los pasará por alto, en tanto el más culto podrá, en ocasiones, errarse, pero nadie quedará indiferente ante uno de los niveles más apasionantes que últimamente hayan sido escritos por un autor chileno. Como historiografía literaria urbana se trata de una obra que, hoy por hoy, no tiene par en Chile.

A estas alturas, las comparaciones del libro de Fontaine con algunos productos más o menos excoenos escritos en el excoeno, resultan ociosas (la más obvia es cierto parecido con *La hoguera de las vanidades* de Tom Wolfe, que es un exagerado comentario de mucho menos valor). Los personajes, los sucesos, el decir, las situaciones de la comedia de Fontaine son todos muy conocidos y no podrían darse ni en Londres, Bombay o Montevideo. Pensar, no obstante, que *Oír su voz* es una novela en clave no pasa de ser una simplificación infantil y simplificada. Un pequeño grupo de ciudadanos ilustrados bilingües, creen haber conocido la



realidad de este país durante los últimos 20 años. Inconscientemente, a lo mejor, como sucede con los autores educados literarios, Fontaine nos demuestra que no sospechamos en qué país vivimos.

Entonces, se produce otro hecho casi milagroso: entrar al mundo íntimo del poder político y económico de este país, recordando una y otra vez, para nuestro asombro y desconcierto. La trama de *Oír su voz* es compleja, por momentos gruesa, en otros matizada y la prosa logra, en sus grandes momentos, un clima neológico del pasado. Fundamentamente, hay dos narraciones que

comienzan por vías paralelas a lo largo del excoeno: una historia de poder y otra de amor.

La enredada urdimbre narrativa —dividida en distintas historias secundarias— de la evolución, el aspo, el desplome y el resurgimiento de los grupos económicos que nacieron durante el gobierno militar es lo más interesante (igual habrá que decir lo contrario) de la novela. *Oír su voz* no es un libro para regalar o recomendar a personas no habituadas a leer. La compleja urdimbre de las relaciones humanas en el excoeno y en los subterfugios del poder económico, el espectacular desplome y sacio de una parte de lo que fue el régimen pasado, harían frustrar algunas narices. No faltará quien se queje de que, con toda seguridad, los más leídos la novela sin respetar el principio a fin.

A la manera de las grandes novelas modernas, Fontaine va desmenujando su novela sin jugar ni tener partido. Crítico porque presume que el gobierno de Allende era comunista o por atribuir a los militares ideales excoenos, sería un acto de pura mala fe. Tiene derecho a creer lo que quiere sobre la historia reciente, pero hay que tener mucho cuidado con presuntivos ideas, pues se trata de conceptos que poseen la mente de sus personajes. No tiene por qué mentar, tampoco, que ni demuestran los aspectos que dieron fama internacional a la dictadura chilena



como la página 302, sólo hay tres menciones al toque de queda.

Uno de los rasgos más notables de esta novela es su extrema cultura. Esos son los rasgos que memoria destacan más. En consecuencia, no hay que confundirse porque ello se vea en escenas clásicas, alusiones y referencias a temas excoenos, lingüísticos, semiológicos, musicológicos, filosóficos, etc. Para nadie está demás aprender algo y *Oír su voz*, a pesar de ciertos exhibicionismos intelectuales, es una creación de apreciable nivel cultural.

Amor entre los poderosos

Arturo Fontaine es, además, un escritor inteligente: cuando podría empezar a aburrir con una acalorada discusión burocrática, se traslada a la mente de Pelayo, para quien la nomenclatura del tipo de cambio fijo sólo significa poder o no conseguir un auto nuevo. Este autor es también muy valiente (nadie se había atrevido a definir a los periodistas chilenos como periodistas del instinto o a devolver lo que es la nueva clase dominante chilena).

La otra parte esencial de este libro está conformada por la relación amorosa entre Pelayo y Adela, casada con el industrial León. Los pecores defectos de la novela están aquí. Parecería que, al igual que varios escritores nacionales de la presente genera-

ción, Fontaine creyese que el suceso del excoeno consistiese en entenas sesiones de cultos o en variaciones del amor burocrático. Esas son las cosas que haber leído a los escritores norteamericanos, franceses e italianos de entreguerras y seguramente autores clásicos, que es difícilísimo decir algo nuevo o valioso en la materia. Así y todo, darle que suelte en el oficio novel Valdivia (llamada en este caso Conasuelo), el relato personal de Adela y Pelayo solamente podría hacer ruborizarse a algunas pocas congeneraciones del barrio alto que no ven televisado como agravante, así está la mayor cantidad de clichés del libro y de desgracias sobre los celos, la atracción física y espiritual o los peligros de la infidelidad.

No es ningún secreto que Fontaine es partidario del modelo neoliberal, pero se le pasa un poco la mano cuando describe el grandioso amor de sus protagonistas con términos tales como "un subproducto de la exitosa actividad empresarial de León" o "un amor más que amoroso al excoeno".

Y, a pesar de todo, Fontaine logra rescatar una historia. Desde luego, porque se juega entero por ello, lo que le otorga algunas páginas memorables. Si no convencer de todo, termina persuadiendo al lector, pues cree en lo que escribe y su entrega tiene el

acento de la sinceridad. Este fresco novelesco incluye a un grupo de personajes indirectos, amigos de los protagonistas, quienes se reúnen en el café La Oropéndula para especular o dar curso a conversaciones comerciales. Estos son tan insignificantes que se les tiene en placer por aquellos inmensos en la teoría crítica, las nuevas formulaciones estéticas, la política abstracta o contingente o las interpretaciones de la religión.

A uno no le queda más que pensar que si Arturo Fontaine y sus amigos —o ciertos personajes de la novela— hubieran gobernado este país entre 1973 y 1990, habríamos tenido una forma extraordinariamente benigna de despojo y saqueo.

Pero como no fue así, hay que concluir que, con toda las fallas que presenta, *Oír su voz* revela a uno de los prometedores latinoamericanos más sobresalientes de hoy.

Si la denominada Nueva Narrativa Chilena signifiara su curso ascendente hasta consolidarse en una corriente cultural, excoenos frente a un fenómeno inédito en la historia de Chile. Por primera vez, la prosa de la generación actual supera en calidad a la poesía. Por primera vez tendremos la oportunidad de no ser solamente un país de buenos poemas, sino de convertirse en una nación que produce varios buenos novelistas a nivel internacional. *Oír su voz* es un signo esperanzador.

La voz del año [artículo] Camilo Marks.

Libros y documentos

AUTORÍA

Marks, Camilo, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La voz del año [artículo] Camilo Marks. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile